

apremiados por la diplomacia de aquende, á meras bravatas. Un principio de rápida ejecucion material sucedió á los propósitos internos y á las palabras amenazadoras. Cierta conspirador, que llevaba inmenso cajon de nitroglicerina, fué á las pocas noches apresado en el Hôtel Central de Lóndres, y un depósito de la materia inflamable y explosible, descubierto en las calles más céntricas de Birmingham. Por virtud de aquel apresamiento y esta sorpresa, cayeron seis conspiradores más en manos de la policía británica, y con ellos muchos papeles y listas, que han dado como un hilo para descubrir el horrible complot amenazador, no solamente al ejercicio tranquilo de los altos poderes ingleses, sino tambien á la vida y la paz de los más inofensivos ciudadanos. Las cabezas de conspiracion pertenecen á todas las clases sociales, pues hay un médico, un comerciante, un abogado, un jornalero, todos irlandeses residentes en el Nuevo Mundo, quienes al presentarse á los tribunales bajo la inculpacion de haber querido saltar un barrio de cincuenta mil almas, pues para ello le sobraban elementos en las materias recogidas de sus manos, se han erguido con verdadera soberbia, como si procedieran por los impulsos del más desinteresado heroismo y presentáran á Dios y al mundo el espejo de una clara y tranquila conciencia, propia de los mártires.

No puede maravillarnos ahora la terrible inculpacion dirigida por el antiguo ministro de Irlanda, Forster, en la Cámara de los Comunes al pueblo irlandés y á sus diputados, en los comienzos mismos de la corriente legislatura. Á impulsos de su doctrina y de sus ideas radicales, el orador inglés inició las reformas progresivas para Irlanda, y obtuvo en cambio la ingratitud manifiesta de una revolucion implacable, sin tregua ni descanso, que ha ensangrentado los parques de Dublin con asesinatos horribles y ha extendido una ponzoñosa nube de terror social por los senos de la poderosa Inglaterra, hasta debilitarla en su constitucion interna y en su paz pública, cuando más formidable se ofrecia con su gran poder á todos los pueblos sometidos, y más dilataba su dominacion colonial allende los mares por las cinco partes del mundo. Cuentan que desde los tiempos de Ciceron jamas se habia oido una catilinaria más tremenda, por lo mismo que coincidia con el descubrimiento de los asesinos de Cavendish, los cuales, segun las revelaciones públicas, tramaban una especie de carnicería infernal contra los primeros estadistas de Inglaterra. No cabe dudarle; el descubrimiento de tales conjuraciones, á cual más terrible, abre abismos insalvables entre la metrópoli de los ingleses y la Erin de los celtas. Cada nuevo prisionero que cae ahora en los horribles calabozos, du-



rante toda esta guerra civil diaria; cada expulso que atraviesa los mares y pide al seno de la grande América el regazo de una patria negada por Inglaterra; cada triste víctima que cuelga de una horca, enciende más la implacable ira entre dos pueblos divididos ya por seculares ódios.

Realmente alcanza en Irlanda un extraordinario vigor el partido autonomista. Y el partido autonomista se divide allí en dos grandes partidos. Puede llamarse al uno celto-americano y al otro celto-europeo. Y le llamo al uno celto-americano por hallarse compuesto de los que, cediendo, bien á necesidades propias, bien á enemiga irreconciliable con los ingleses, emigran y se domicilian en los Estados-Unidos, y le llamo al otro celto-europeo por hallarse compuesto de los que, resignándose más fácilmente al yugo británico, bien por complexion propia, bien por convencimiento político, se quedan tranquilos en Europa y trabajan por el progreso más ó menos violento de su patria, en los comicios y en las Cámaras. Los primeros no quieren oír hablar sino de la revolucion dinámica como medio, de la independencia irlandesa como fin, de una República democrática como forma del gobierno y de una ley agraria radicalísima como indispensable trasformacion social, que lance á los lores terratenientes de aquellos sus dominios, conseguidos por la conquista, y devuelva

de nuevo á los despojados hace tantos siglos, con el goce de una patria redimida, el goce de una tierra en comun. Se necesita leer los periódicos y hojas que publican allá en América, para comprender todo el ódio que guardan á la primer potencia de Europa. Cada palabra es como una bala de plomo ardiente, desde allí expedida con furor al pecho de la reina Victoria y de su primer ministro. Cada sencillo artículo es una carga de dinamita. ¡Con qué rabia invocan los recuerdos históricos! Diríase que aún están hoy en la duodécima centuria de nuestra Era, cuando un papa de sangre inglesa, como Adriano IV, cedía el territorio irlandés á un rey de Inglaterra, como Enrique II. Hablan del rey feudal de Leinster, que llevó las armas de allende San Jorge á la hermosa Erin, como pudieran hablar los españoles católicos en la Edad Media del conde D. Julian, del obispo don Oppas, de los hijos de Witiza. Todas las grandes figuras históricas de Inglaterra, Eduardo III, el vencedor de Crecy; Enrique VIII, el rey de la revolucion religiosa; Isabel I, la fundadora del poder inglés en los mares; Oliverio Cromwell, con todas sus grandezas morales y políticas, aparecen á los ojos de tales irlandeses como apocalípticos genios de la desolacion y el exterminio, llevando en sus manos una guadaña para segar cabezas celtas y apilarlas, y levantar sobre sus montones,



como sobre nefastos cimientos, el propio poder y la dominacion de su avasalladora patria. Los que así piensan, los que hablan así, han armado todas las confabulaciones cuyo triste objeto ha sido recabar con nefastos crímenes el progreso de su patria, sólo asequible por medios justos y legítimos; que las mejores causas se pierden y malogran por los malos procedimientos. Estos alucinados envían máquinas infernales á Inglaterra, como las encontradas hace dos años en Liverpool; urden asesinatos tan horribles, y á la causa de Irlanda tan dañosos, como el asesinato de Cavendish; ponen las materias explosibles á la puerta del palacio de los Ministerios; allegan la dinamita últimamente hallada en Birmingham, sin comprender que ir al bien por los caminos del mal es como si para ir al cielo tomáramos los rumbos del infierno. El célebre Odonovan-Rosa es jefe natural de los irlandeses irreconciliables.

Parnell, el diputado Parnell, al contrario, es jefe de los irlandeses que mantienen la autonomía de su isla, consistente tan sólo en un Congreso aparte, bajo la misma bandera para el exterior y la misma corona para el interior, como sucede hoy entre Hungría y Austria. Este diputado comprende que la incorporacion del pueblo irlandés al pueblo inglés en el año primero de nuestro siglo por la inevitable abroga-

cion del Parlamento nacional, tiene tanta fuerza como una ley de la naturaleza, y que ponerse los irlandeses á separar su nacion particular de la nacion metropolitana es como ponerse á separar en geografía la isla materialmente del archipiélago británico, llevándosela con esfuerzos y sacrificios á otros mares y á otros cielos distintos. La estrella de Irlanda resultó en tal modo enemiga é infausta, que las promesas de respeto á la conciencia católica, dadas por Pitt en el acta de union entre los dos Estados, no pudieron cumplirse, por invencible resistencia del célebre tercer Jorge de Inglaterra. Se necesitó el esfuerzo de O'Connell para lograr la emancipacion de los católicos, esfuerzo prodigioso, movido por una elocuencia semi-rural unas veces, y otras veces semi-sublime, pero siempre contenida dentro de la legalidad y consagrada de suyo al logro verdaderamente positivo y en serie como cumple al íntimo sér y naturaleza de toda obra política. La continuacion del trabajo de O'Connell debe resultar el verdadero compromiso de Parnell, si quiere seguir una política fecunda. El furor de los irlandeses americanos mancha el seno de la verde Irlanda, sin conmovér ni herir á la poderosa Inglaterra. Gladstone mismo ha expuesto, con su elocuencia maravillosa, los resultados de la predicacion de O'Connell ante los ojos de aquellos



que continúan su obra, tendiendo con toda suerte de maravillosos esfuerzos á rematar, dentro de las leyes de la unidad nacional, esa indispensable autonomía de Irlanda, por la cual han peleado tantos héroes y muerto tantos mártires en la sucesion de los siglos. Yo sé muy bien que llega el partido intransigente hoy en su furor hasta maldecir del gran tribuno irlandés en su sepulcro. ¡Ay! Olvídanse de los días en que levantaba con el viento de su palabra un océano de ideas en la conciencia nacional y conseguía, con el esfuerzo de su perseverante voluntad en la Cámara de los Comunes, la indispensable abrogacion del juramento anglicano para los diputados irlandeses uno de los mayores triunfos de la libertad religiosa en este nuestro siglo; y porque odiaba la revolucion y sus violencias, le presentan á la posteridad y á sus juicios como un gárrulo vulgar, lleno de supersticiones ultramontanas, con más énfasis que verdadera elocuencia, cobrando un tributo á sus compatriotas por monarca de la palabra, cual pudieran cobrarlo en su tiranía los monarcas de Inglaterra; muy exaltado en las asambleas al aire libre y muy tímido en la Cámara de los Comunes; grande adormecedor del pueblo con promesas vanas y plegarias místicas: injurias y calumnias, que, sin disminuirlo á él, manchaban la historia nacional y oscurecian las cimas intelectuales y

morales del espíritu irlandés. Sea de todo esto lo que quiera, el método legal señalado por O'Connell y mantenido por Parnell es el único método por que puede prosperar Irlanda, mientras las voladuras de dinamita y los asesinatos sólo pueden detener una obra de justicia y deshonar á un pueblo infeliz, haciéndolo reo de crímenes condenables y víctima de la indignacion universal.

La política pesimista concluirá por aliar los irlandeses en el Parlamento con los conservadores; y la triste alianza de los irlandeses con los conservadores concluirá por traer una política de reaccion contra Irlanda en el Gobierno inglés, nefasta para todos, y muy especialmente para los que la hayan procurado y traído con su reprochable despecho. Y ya que hablamos de todo esto, hablemos también de lo descompuesto y maltrecho que se halla hoy el partido conservador inglés, tan fuerte y valeroso en otro tiempo. Suelen los gárrulos y vulgares políticos de nuestra patria maldecir de los jefes de partido y condenarlos como inútiles, á reserva de pedirles luego responsabilidad por hechos en que no han tenido ninguna parte ó que se han consumado contra su consejo y contra su voluntad. La muerte de Disraeli ha descabezado al partido conservador inglés; y el descabezamiento lo ha detenido en su desarrollo y lo ha fraccionado en moléculas. Lord Curchill



acaba de publicar una carta, en la que habla del estado de postracion irremediable á que los conservadores han llegado y de su tristeza y desesperanza. La parálisis ha sobrecogido todo su cuerpo y la indiferencia helado todo su espíritu. Las próximas elecciones solamente le reservan un gran desengaño, y hasta en el caso de una retirada, más ó ménos probable, del actual primer ministro, no podría sustituirlo. Para Curchill toda esta debilidad proviene de que no tiene su partido jefe verdadero en la Cámara de los Comunes, como lo tiene, por las prendas de lord Salisbury, en la Cámara de los Loes. Sir Norcorthe, que hoy lleva la direccion oficial entre los diputados, no tiene para el gentil-hombre conservador las cualidades requeridas, á causa de sus complacencias serviles con el Ministerio y de su excesiva blandura en el combate. Ya lo dijimos á la muerte de Disraelli: su jefatura es verdaderamente irremplazable, pues no basta para dirigir los partidos el voto de sus individuos, se necesitan méritos propios reconocidos y aclamados por el consentimiento universal. Aproveche, pues, el radicalismo británico la tregua que le dan por necesidad los conservadores, para continuar con mayor celeridad su saludable obra de progreso.

El estado de Alemania interesa tanto como el estado de Inglaterra. En la situacion del mundo

rige Inglaterra hoy los mares con su tridente, y Alemania los gobiernos con su cetro. El príncipe de Bismarck ha cumplido sesenta y ocho años. Á pesar de tal solemnidad, el malestar de los nervios, que le condena irremisiblemente á continuas neuralgias, le ha impedido recibir á ningun visitante, que no fuera el Príncipe Imperial, para quien guarda lo porvenir la herencia del Imperio, y cuya visita dice cuanto más duran que reyes y emperadores, en estos tiempos de monárquica decadencia, los primeros ministros. Aun los mayores enemigos que la política de Bismarck tiene á la izquierda se han holgado en festejar el cumpleaños y decir al Canciller como jamas olvidarán cuanto ha hecho, en una vida ya larga y proveeta, por la unidad germánica, no deslustrada ciertamente, ni por su inhábil política interior, ni por su socialista económica política. No así los ultramontanos, que le han recordado sus enfermedades y le han dicho cuánto podria convenirle á su salud temporal y á su salud eterna una reconciliacion estrecha con el Papa.

Los ojos escudriñadores del Canciller se vuelven al Oriente de la tierra en el ocaso de la vida. Tras tantos combates homéricos dice Bismarck lo que decia César: «Sólo se puede trabajar en Asia.» De aquí su celo atento á las crisis del Imperio turco; sus estrechas relaciones con rumanos y servios; su ex-



citacion á la ingratitud de los búlgaros hácia Rusia; sus luchas con los eslavos del Imperio austriaco, enemigos irreconciliables de la raza germánica; su empeño en que Austria se dilate por la península de los Balkanes y llegue hasta Salónica, para presidir una grande confederacion de razas, por igual emancipadas del vasallaje á la Puerta y del agradecimiento á la Moscovia, pudiendo así Alemania, por anexioncs sucesivas, quedarse con el Tirol, Pola y Trieste, para vivir en el mar de la luz y de las ideas, en el Mediterráneo, y preparar una gran campaña mercantil y diplomática en las tierras del Asia Menor y en el magnífico Imperio de Persia.

Un suceso pasa inadvertido, que tiene trascendental importancia: el príncipe Federico Carlos se pasea por los desiertos de Palestina. Todo alemán, áun esos férreos soldados de las campañas últimas, tienen algo de poetas, y no es de maravillar á nadie su peregrinacion, consagrada por la poesía del sentimiento y del recuerdo. Todos querriamos beber los manantiales del Cedron, bañarnos en las aguas del Jordan, meditar en el desierto donde meditaron los Profetas, ver en el portal de Belen la cuna de nuestra fe, y en el valle de Josafat la tierra de nuestra resurreccion; porque, al contacto de todos estos sitios, el alma, educada en las enseñanzas que guardan, debe cas-

descenirse del cuerpo y absorberse, libre y etérea, en la contemplacion de los ideales eternos. Pero nos engañariamos, y mucho, si creyésemos que iba el Príncipe á Palestina con estos desinteresados propósitos. Al verlo, circuido de tanta pompa en Jerusalem, ostentando el antiguo traje que llevaban los caballeros de la órden teutónica, hermanos de los caballeros de la órden templaria, dirigirse, como un cruzado de los Barbarojas ó de los Suabias, al Santo Sepulcro y orar allí, á guisa de un militar de la Edad Media, todavía católico, sediento de indulgencias, bajo aquel cielo de milagros, no atribuyais todo eso á puro amor arqueológico de las grandes ruinas sagradas y de los sacros recuerdos religiosos, atribuidlo más bien á un vasto plan político, ideado en las soledades augustas de Varzin por el Canciller alemán, y cuyos primeros ensayos comienzan por todas esas deslumbradoras escenas, propias de una épica leyenda, las cuales ocultan sábiamente un fin y objeto de práctica y perdurable utilidad. Lo cierto es que Federico Carlos ha tomado posesion de una vasta ruina, Cesárea, sita entre Jerusalem y el mar, para establecimiento allí de una piadosa colonia mercantil. Y la política, la religion y la economía se han juntado en estas peregrinaciones, que deben despertar de su indiferencia punible á las naciones latinas, tan grandemente interesadas en la suerte de aquellos sacros territorios.